



## **Navegando en aguas de sapiencia: La pedagogía ignaciana y el docente orientador como brújula de la calidad educativa**

**Bertha Andrea Martínez Jiménez<sup>1</sup>**  
**Septiembre 2024**

*"El verdadero educador no solo enseña, sino que orienta, acompañando al estudiante en la búsqueda de sentido y calidad en su aprendizaje, guiándolo para que descubra su camino" (Paulo Freire).*

La educación es un proceso transformador que busca no solo la adquisición de conocimientos, sino el desarrollo integral del ser humano. De ahí la exigencia que recae sobre la escuela y en general sobre el sistema educativo, la cual es cada vez mayor, puesto que esta se ve atravesada por distintas apuestas políticas y teóricas que configuran el perfil tanto del docente de aula como del docente orientador u orientador escolar. Ambos, como profesionales de la educación, deben comprender, atender y resolver la complejidad y diversidad de situaciones escolares como parte de su labor pedagógica, sin pasar por alto que el campo laboral de la educación va más allá de los límites de la escuela, puesto que los educadores están inmersos en un entorno con dinámicas culturales, sociales, económicas y políticas, que pueden ser analizadas desde distintas posiciones, perspectivas y disciplinas.

A partir de lo anterior, el presente texto, tiene como propósito reconocer y explorar cómo la pedagogía ignaciana contribuye a la calidad educativa, resaltando el papel fundamental del

---

<sup>1</sup> Ejerce como Orientadora en el Colegio Santa Luisa, Bogotá- Colombia, Magister en Neuropsicología y Educación. Artículo recibido para su publicación en el Boletín Octubre 2024 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

docente orientador<sup>2</sup> en la formación integral de los estudiantes. Para ello, abordaremos cada aspecto relevante de este enfoque pedagógico.

En primer lugar, la pedagogía ignaciana<sup>3</sup>, basada en la visión espiritual y educativa de San Ignacio de Loyola, se ha consolidado como un enfoque humanista que pone al estudiante en el eje del aprendizaje, fomentando no solo su crecimiento académico, emocional sino también social y espiritual. Este modelo pedagógico busca formar individuos conscientes y comprometidos con la justicia y el servicio a los demás, integrando valores éticos en cada aspecto del proceso educativo.

De este modo, el docente orientador desempeña un papel crucial, ya que su labor va más allá de impartir talleres de prevención y afectividad. Se convierte en un guía que facilita el descubrimiento personal, espiritual y social del estudiante, promoviendo un aprendizaje integral y significativo. Según García-Huidobro (2001), "la pedagogía ignaciana se distingue por su búsqueda de la excelencia humana y profesional, sin desvincularla de la solidaridad y la responsabilidad social" (p. 22), ya que conecta el contexto, la experiencia, la reflexión, la acción y la evaluación como dimensiones relevantes en la configuración del ser humano.

El contexto, entendido como la necesidad de conocer las circunstancias personales, sociales y culturales de cada estudiante, para personalizar el proceso educativo; la experiencia como el motor que impulsa el aprendizaje, permitiendo a los estudiantes involucrarse activamente en situaciones reales que desafíen su comprensión; luego, a través la reflexión, que el estudiante pueda interiorizar las lecciones aprendidas, relacionándolas con su vida y valores; la acción como la toma de decisiones informadas y comprometidas; y finalmente, la evaluación busca medir tanto el progreso académico como el desarrollo personal (García de Castro, 2014).

Con esto en mente, hablaremos entonces de la calidad educativa desde una perspectiva ignaciana. Un concepto que ha evolucionado a lo largo de los años dejando de centrarse exclusivamente en los logros académicos para abarcar el desarrollo integral del estudiante. En la pedagogía ignaciana, la calidad educativa implica no solo la adquisición de conocimientos, sino

---

<sup>2</sup> De acuerdo al decreto 2105 de 2017 el docente orientador u orientador escolar son los docentes responsables de definir planes o proyectos pedagógicos y socioemocionales tendientes a contribuir a la resolución de conflictos, garantizar el respeto de los derechos humanos, contribuir al libre desarrollo de la personalidad de los estudiantes, brindar apoyo a los estudiantes con problemas de aprendizaje, acompañar a los padres de familia, realizar el diagnóstico y seguimiento a los estudiantes que requieran una atención de orientación, y establecer contactos interinstitucionales que apunten al desarrollo del Proyecto Educativo Institucional del establecimiento educativo.

<sup>3</sup> Llamamos *Pedagogía Ignaciana* porque se destina no sólo a la educación formal, a través de las escuelas, los colegios y las universidades de la Compañía, sino porque puede ser útil también a otras formas de educación que, de una forma u otra, estén inspiradas en la experiencia de San Ignacio, recopilada en los *Ejercicios Espirituales*, en la cuarta parte de las *Constituciones de la Compañía de Jesús*, y en la *Ratio Studiorum*.

también el cultivo de habilidades y valores que forman a individuos íntegros y comprometidos con su entorno. Según la UNESCO (2015), una educación de calidad debe "garantizar el aprendizaje a lo largo de la vida, promoviendo competencias académicas y no académicas en contextos diversos y desafiantes" (p. 43). En este sentido, la pedagogía ignaciana aporta una visión extrapolada de la calidad educativa al poner énfasis en la formación de individuos íntegros.

Dentro de este marco, la calidad educativa no se mide solo por los resultados en pruebas estandarizadas, sino por la capacidad del estudiante para relacionar lo aprendido con su vida diaria y su entorno, para actuar con justicia y altruismo. Tal como señala Scholas Occurrentes (2018), "la calidad educativa en el enfoque ignaciano se basa en el principio de formar ciudadanos del mundo, conscientes de las necesidades de los otros y comprometidos con el cambio social" (p. 67).

Pues bien, en la actualidad, conversar sobre la calidad educativa implica más que medir resultados académicos; es necesario considerar una educación que responda a las necesidades y desafíos de un mundo cambiante, sin perder de vista el desarrollo holístico del individuo. En este sentido, la pedagogía ignaciana ofrece una vía efectiva para alcanzar altos estándares educativos al formar estudiantes reflexivos y socialmente responsables.

Es allí donde el rol del docente orientador alcanza un protagónico. Más que un simple apoyo en momento de crisis familiares o emocionales del estudiante, el docente orientador se convierte en un *faro y acompañante* en el proceso formativo del estudiante, ayudándole a discernir su propio camino de aprendizaje y a enfrentar los retos del mundo actual con una visión crítica y solidaria.

Pues bien, el docente ignaciano se caracteriza por ejercer un rol de guía, facilitador del discernimiento personal y profesional de cada alumno. Como describe González y Ormazábal (2010), "el maestro ignaciano asume la responsabilidad de acompañar a sus estudiantes en el descubrimiento de sus capacidades y el diseño de su proyecto de vida" (p. 33).

Este acompañamiento se manifiesta en la creación de un ambiente de confianza donde el estudiante pueda reconocerse a sí mismo y, sobre todo, poner a prueba sus habilidades socioemocionales. El docente fomenta la reflexión crítica y la toma de decisiones responsables, apoyando a los estudiantes a discernir su lugar en la sociedad y su compromiso con la justicia social. Aquí la relación entre docente orientador y estudiante se basa en el principio de la *cura personalis*, es decir, el cuidado personal y particular de cada individuo, respetando sus tiempos y su proceso personal de aprendizaje (Arrupe, 1973).

Con esto en mente, y después de todo lo descrito es pertinente aquí intentar comprender entonces la relación entre pedagogía ignaciana, calidad educativa y el rol del docente orientador, una convergencia que resulta siendo brújula de un propósito compartido en formar individuos conscientes y competentes, comprometidos con su entorno y capaces de enfrentar los retos del

mundo contemporáneo. En donde la calidad educativa se ve enriquecida por un enfoque pedagógico que valora no solo el desarrollo académico, también el *emocional y espiritual* de los estudiantes. Como señala Sobrino (2016), "la educación ignaciana no se conforma con formar profesionales competentes, sino personas capaces de transformar su realidad desde la empatía, la justicia y el servicio" (p. 85).

El docente orientador se convierte en el nexo que une estas dimensiones, actuando como facilitador y consejero en el proceso de aprendizaje. Creando en el estudiante un individuo autorreflexivo, crítico al momento de tomar decisiones responsables y un agente activo y transformador que *navega en aguas de sapiencia* para transformar el accionar dentro de su comunidad y cultura.

En conclusión, es fundamental subrayar que este tema merece una mayor apertura y reflexión, pues la pedagogía ignaciana ofrece una visión renovada y profundamente humana de la educación, centrada en la formación sistémica y holística de la persona, que a su vez aporta en la definición del concepto de la calidad educativa, la cual esta constante redefinición, por medio herramientas valiosas para formar individuos comprometidos con su entorno y preparados para enfrentar y converger con los desafíos de la sociedad actual. Un proceso significativo, donde el docente orientador juega un papel decisivo, acompañando y siendo *brújula* de los estudiantes en su desarrollo personal y académico, proporcionando un aprendizaje socioemocional y académico que trasciende de las aulas, apostando por una educación de calidad para todos, que nutra el corazón y la mente al mismo tiempo.

## REFERENCIAS

- Arrupe, P. (1973). *Cura Personalis: Una Reflexión Ignaciana*. Compañía de Jesús.
- García de Castro, I. (2014). *Educación ignaciana: un desafío actual*. Editorial Mensajero.
- García-Huidobro, J. (2001). La pedagogía ignaciana en tiempos de crisis educativa. *Revista de Educación*, 12(2), 20-35.
- González, M., & Ormazábal, C. (2010). El docente como orientador en la educación ignaciana. *Revista Iberoamericana de Educación*, 55(3), 30-45.
- Scholas Occurrentes. (2018). *Educación de calidad y valores en el mundo actual*. Documento técnico.
- Sobrino, J. (2016). Educar para la justicia social desde la pedagogía ignaciana. *Cuadernos de Pedagogía*, 128, 82-89.
- UNESCO. (2015). *Hacia una educación de calidad para todos*. Informe mundial sobre la educación.